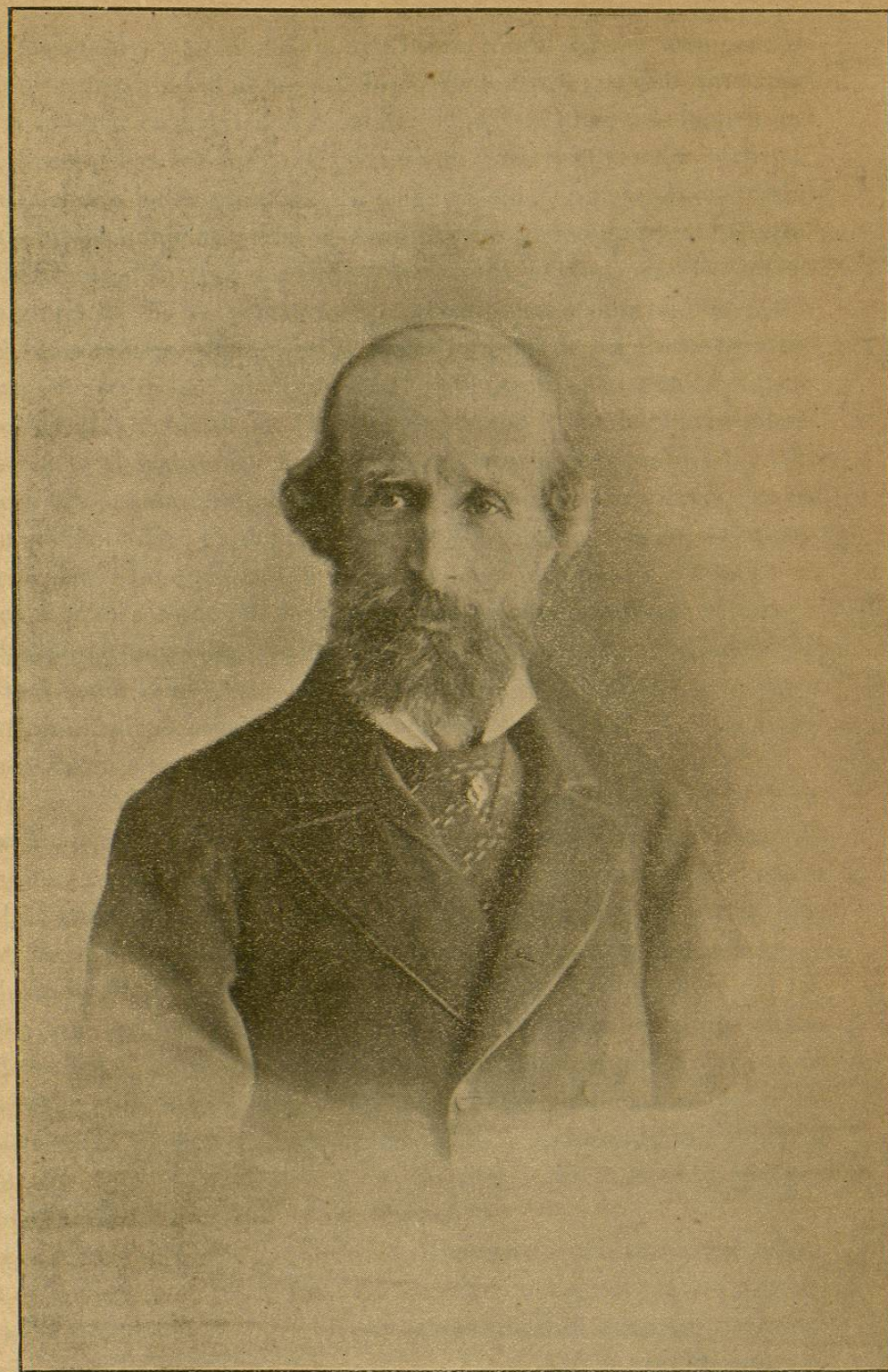


Un orador ilustre, el Licenciado Don Manuel María de Zamacona, refiriéndose al asalto relacionado, ha escrito las siguientes bellísimas líneas:

“No está hecha todavía la historia de la memorable jornada que hizo ya segura y próxima la restauración del poder nacional, sobre las astillas del trono en que la usurpación había sentado á un rey de burlas. La víspera y el día siguiente del gran suceso, permanecen en una penumbra de que debe sacarlos el testimonio de los contemporáneos. Yo me siento obligado á dar el mío, porque las circunstancias me hicieron respecto de aquellos memorables episodios, próximo, y en alguna parte único testigo. En mi hogar se recordará siempre como un honor el hospedaje que recibió en él, durante el sitio de Puebla en 67, el jefe del ejército sitiador. Debí á tal circunstancia el observar las influencias contrapuestas que se trató de ejercer en su ánimo para torcer sus planes. Ninguna fué tan tenaz como la de un mensajero, bien intencionado, venido de San Luis, residencia entonces del Gobierno. Instalado en el Cuartel General, durante el sitio, abogó sin cesar por la idea de levantarlo para obrar una concentración de fuerzas sobre Querétaro. Era ya el 1º de Abril. Se obtuvo la noticia de que el Lugarteniente del Imperio, con ejército respetable, se hallaba á dos jornadas. Un perspicaz instinto le había hecho comprender, lo mismo que al jefe de las armas republicanas, que Puebla era el nudo y la clave de la situación. Lo más crítico y grave consistía en el agotamiento de las municiones entre los sitiadores. Estaba el día mediado. Una marcha de honor batida en la garita de México anunció que el General en Jefe, después de recorrer las líneas, volvía, como de costumbre, al Cuartel General. Apareció, en efecto, seguido de su Estado Mayor, al son de los clarines y tambores, y encumbró á galope el cerro de San Juan. El mensajero de San Luis, que lo veía conmigo desde el alfeizar de una ventana, me dijo estas palabras, con toda la vehemencia del patriotismo desolado:—“Hoy todavía hay honores para ese hombre. Mañana él y nosotros vagaremos dispersos y perseguidos por los imperialistas.” Bajo estas impresiones, que por desgracia habían cundido en el Cuartel General y entre las tropas, nos sentamos, preocupados y taciturnos, á la mesa del almuerzo. El jefe que la presidía hubo de fijar su atención en el silencio siniestro de los comensales y lo interrumpió de improviso con una de



LIC. D. MANUEL MARIA DE ZAMACONA.

esas frases felices y preñadas de más fuerza moral para un campamento, que la proximidad de un aliado:—"Es preciso, nos dijo, prepararnos á celebrar en México el 5 de Mayo."—Esta idea, tan ajena á las que preocupaban los espíritus, produjo miradas recíprocas de sorpresa. Pero la chispa había prendido. El magnetismo de una resolución valerosa é inesperada obró sobre los ánimos y los corazones se contagiaron del heroísmo al entrever que no era la retirada y la fuga, sino la audacia y la gloria la que se les preparaba. Crecieron estas impresiones, cuando á la sobremesa comenzaron á llegar los jefes de las líneas para entrar en consejo y recibir órdenes. Todo fué animación desde entonces en el Cuartel General. La tarde se empleó en los preparativos misteriosos para el asalto. Un gran lienzo, empapado de trementina, y tendido sobre el alambre del telégrafo, debía anunciar, ardiendo en la cima de San Juan, el momento en que las columnas se lanzarían sobre la plaza. Lo que pasó en aquella noche histórica sí lo saben la Nación y el mundo. A la hora convenida, las columnas, rápidas é inflexibles, como saetas, penetraron á la ciudad, por todos lados. Poderosas como locomotoras en movimiento, saltaron fosos, arrollaron barricadas; y con precisión cronométrica, se encontraron en la plaza, centro de su cita.

"Cuando al clarear el día, yo, testigo obscuro é inútil de la gran hazaña, penetré sobre las huellas frescas del asalto á aquel punto de reunión, el General en Jefe se encontraba allí concentrando el material de guerra quitado al enemigo y moderando las violencias propias de los momentos en que todavía dura el empuje del ataque y aún no termina la organización de la victoria. El mensajero del Interior, que me había hecho la víspera tan lúgubres vaticinios estaba allí también. Vino á mi encuentro y apretando mi mano con una de las suyas, y señalando con la otra al General en Jefe, me dijo en tono enfático: "¡Ese hombre es un héroe!"—Y lo fué en efecto en aquel gran día, menos por el esfuerzo heroico que le dió el triunfo, que por la magnanimidad con que supo coronarlo.

Los jefes y oficiales, rendidos á discreción, eran muy numerosos. La ley vigente y las órdenes superiores los hacían reos de muerte. Tras la sangre del combate, repugnaba al caudillo vencedor derramar tanta sangre de prisioneros indefensos. Pero llegó la hora de pronunciar sobre su suerte y la casualidad me llevó, en tal coyuntura, cerca

del hombre que tenía tantas vidas en sus manos. Le encontré en el salón del Palacio que hace esquina entre la Plaza y Mercaderes. Estaba solo, y en esa situación en que un gran poder y una gran responsabilidad empujan á los hombres á tomar por únicos consejeros á la posteridad y á su conciencia. Cambiamos breves palabras sobre la cuestión por resolver y, tras unos instantes de recogimiento, el caudillo republicano se puso en pie y me invitó á seguirle. Nos dirigimos á otro aposento del Palacio en que los dos primeros jefes de la guarnición imperialista habían ocupado la mañana en sus disposiciones religiosas y testamentarias. Nuestra presencia y la intimación de salir de aquel lugar, les pareció el anuncio de su hora suprema. Bajamos á la plaza; la atravesamos, abriéndonos paso una multitud silenciosa que esperaba algún ejemplar cruento. Llegamos al Obispado donde se hallaba la gran masa de los prisioneros. Conociendo la ley y su culpa, nuestra aparición les pareció también anuncio de muerte. Hubo un instante de silencio solemne hasta que el General en Jefe lo rompió, pronunciando con acento noble y varonil estas palabras:—“Estáis todos en plena libertad.”—Al silencio del terror, siguió el de la sorpresa. Los prisioneros no daban fe á lo que oían. Por fin, que comprendiéndolo, un *viva* unánime de aplauso y de gratitud estalló estrepitoso de los corazones.

Nada de lo que hoy digamos en loor del caudillo del 2 de Abril, puede ser tan elocuente como aquel grito. Entre las innumerables felicitaciones que el día de hoy acumula en derredor suyo, ninguna le ha de complacer como el recuerdo de aquella escena.

“.....Cuando nos alejamos, dejando á los prisioneros entregados á felicitaciones recíprocas, no pude menos que vaciar mi corazón en estas palabras, dirigidas al generoso caudillo que marchaba á mi lado:—“General, le dije, hoy habéis celebrado en Puebla vuestros desposorios con esta Nación que se enamora y cautiva con todo lo que es grande, generoso y magnánimo.”

“Más tarde justificaron los hechos lo que había de profético en mis palabras.”

El General Díaz ha emitido el juicio que sigue, como la expresión sincera de una conciencia franca y de un espíritu superior.

Oigámosle:

“La sangre que corrió en la toma de Puebla, era un ejemplar peno-

so, pero necesario. Ella evitó que se derramase alguna más al rendirse la fuerza que ocupaba el cerro de Guadalupe. De la victoria de ese día estaba pendiente, acaso, el advenimiento próximo de la República, ó su retardo. La sangre que se derramó en la marcha misma del combate, fué precaución de muchos males. En la rendición de las fuerzas que ocupaban el Cerro, era árbitro de aquellas vidas, porque me resistí á otorgar la más ligera garantía. Una ley terrible pesaba sobre los prisioneros, y cerca de diez horas dejé suspensa sobre su cabeza esa espada moral. Quise que el recuerdo de ese día fuera indeleble en la conciencia de aquellos hombres que en el gran conflicto de su patria habían cambiado el giro de sus armas. En la tarde, reunidos los prisioneros, les he dicho: *una ley condena á Udes. á la pena capital; pero el Supremo Gobierno sabrá ser generoso. Mis súplicas y lo que yo pueda valer se pondrán del lado de Udes. Entretanto, quedan en libertad, á condición de comparecer cuando el Supremo Gobierno tenga á bien llamarlos para que respondan de su conducta. Todos aceptaron con gusto este compromiso.*”

“El asalto de Puebla costó alguna sangre que se derramó por el bien de la Patria. A nombre de ésta y con el corazón satisfecho, otorgué aquella libertad.”¹

La caída de una plaza de tanta nombradía, en virtud de un hecho de armas, único de entre los de su clase que registran nuestros fastos militares, fué un suceso de mucha importancia para el próximo triunfo de la causa de la República, que lo determinó, sin duda alguna, y que con ello se vió libre de un enemigo formidable; y si la intentona de Márquez hubiera podido realizarse, las consecuencias habrían sido demasiado funestas para la causa nacional.

El país lo ha comprendido así, y por eso, sin quitar ni siquiera un átomo de gloria á los valientes que peleaban con tanto denuedo contra el Imperio, especialmente en Querétaro, ha galardonado en los términos debidos á los vencedores del “2 de Abril,” acordándoles las consideraciones merecidas, y colocando ese hecho de armas en el lugar distinguido que le corresponde.

¹ Memorándum sobre el proceso del Archiduque Fernando Maximiliano de Austria, por los Ciudadanos Mariano Riva Palacio y Licenciado Rafael Martínez de la Torre.—México.—1867.

La lógica, el sentido común, y el juicio imparcial de los contemporáneos así lo atestiguan. El General Don Manuel González, en un remitido que publicó en México, el 15 de Septiembre de 1867, referente á esa campaña, se expresó así:

“.....Por lo demás, yo sostengo que el triunfo definitivo de la República, considerado bajo el punto de vista militar, se debe al intrépido General de Oriente, pues todo hombre que tenga sentido común, comprenderá que si éste hubiera sido rechazado en Puebla, Márquez, quince días después, alargándome mucho, se habría presentado sobre Querétaro con 14,000 hombres y 60 á 80 piezas de artillería, y el General en Jefe del Ejército del Norte, que operaba sobre aquella plaza, se hubiera visto obligado á levantar el sitio, y emprender su retirada, fraccionando su ejército. ¿Cuál fuera la situación de los ejércitos republicanos hoy? Se comprende muy fácilmente y omito determinarla. De esto se deduce que el General Díaz asaltando á Puebla y tomándola el 2 de Abril, cambió la fase de la guerra, hizo triunfar á la República, y le facilitó al distinguido General Escobedo la gloria de llevar á feliz término sus operaciones militares sobre Querétaro.”

Márquez ha afirmado que lo dicho por el jefe republicano es lo cierto, pues que esas eran sus intenciones. “Si Puebla, agregada, hubiera sido auxiliada á tiempo, ó al menos hubiera yo podido llegar antes de que sucumbiera la plaza, se habría cumplido lo que deja dicho González, porque destruido el enemigo que la sitiaba, concentrado en México todo lo que allí existía, y sin haber ya quien pudiese amargar la Capital seriamente, es claro que yo hubiera podido dejar en ella una pequeña guarnición y marchar con el resto de las fuerzas y un gran tren de artillería en auxilio de Querétaro, puesto que de este modo se podía efectuar, conservando á México como el Emperador quería y asegurando el éxito de la expedición.”¹

A mayor abundamiento, hay que tener en cuenta lo dicho por el distinguido General Escobedo, en el importante informe que rindió al Ciudadano Presidente de la República el 8 de Julio de 1887, referente á los sucesos de Querétaro, y en el cual expone, “que puso

¹ Manifiesto que dirige á la Nación mexicana, el General de División Leonardo Márquez.—Nueva York.—1868.

en actividad sus redoblados esfuerzos á fin de que los sitiados no recibieran noticias del exterior, porque presumía que sabiendo la de la derrota de Márquez, y mirándose completamente aislados, la desesperación que causara este desastre les hubiera sugerido la firme resolución de hacer un esfuerzo para romper el sitio, lo que lo habría contrariado en extremo, porque entonces no tenían las tropas de su mando la dotación de municiones de infantería en cartuchera para sostener media hora de fuego, y la artillería no contaba en sus cofres más que seis ó siete tiros por pieza.”

“Que la situación violenta en que se hallaba por la falta de municiones, varió después de derrotado Márquez en San Lorenzo por el cuerpo de ejército de Oriente, á cuya acción concurrió el Gral. Guadarrama con una fuerza de cinco mil caballos, pues que entonces se abrigaron en la Capital los restos de las tropas imperialistas, y además, el Teniente Coronel Agustín Lozano, á quien había enviado con una comisión cerca del General Díaz, volvía al campamento de Querétaro conduciendo doscientas cajas de municiones de infantería, que aquel jefe remitía, y las cuales fueron distribuidas inmediatamente.”

En resumen, la toma de Puebla ejerció una influencia decisiva en las operaciones subsiguientes; el Imperio quedó anonadado con ese golpe terrible, y pudo ya entreverse su cercano fin, como no dilatáramos en demostrarlo.

El 3 de Abril, el activo General Díaz lanzó su caballería en observación de Márquez: éste salió de México la mañana del 30 de Marzo, con una fuerza de tres mil y tantos hombres, con diecisiete piezas de artillería, llevando de segundo al Gral. Don Miguel Andrade, de Mayor de la columna á Don Luis Arrieta, de Comandante General de artillería á Don Mariano Graf, y de Comandante General de Ingenieros, á Don Juan Alvarez.

Emprendió la marcha por el camino de Apam, llegando el día de la salida á Tulpetlac, la primera brigada, y las demás fuerzas á San Cristóbal Ecatepec. El 31 se rindió la jornada en Otumba; el 1° de Abril en la Hacienda de San Lorenzo, y el 2 en la de Soltepec. Allí tuvo noticia de la pérdida de Puebla, pero dudando de su autenticidad, envió espías para cerciorarse de la verdad, permaneciendo en espera dos días: no quedándole duda acerca del suceso, emprendió su

contra-marcha en dirección á la Capital el 5, y el 6 vió acometida su retaguardia por una fuerza republicana de dos mil hombres, de la que se defendió con buen éxito, pues disponía de un número mayor de tropas; pero al llegar á la Hacienda de Tochac, tuvo que sostener un nuevo ataque por la caballería que formaba la vanguardia del ejército de Oriente.

El 7 continuó la retirada, pernoctando en la Hacienda de la Luz, y el 8, al llegar á la de Sotoluca, se encontró con una fuerza de novecientos hombres al mando del Coronel Don Jesús Lalanne, quien tenía orden de hacerse derrotar, á fin de detener á toda costa al enemigo, mientras llegaba el grueso del ejército republicano.

Márquez, sin embargo, se abrió paso, llegando á la Hacienda de San Lorenzo, donde se situó el General Díaz, que permaneció á la vista, en espera de sus tropas, para batir al Jefe imperialista, quien, notando la llegada de éstas en gran número, y que tomaban excelentes posiciones, lo que hacía inevitable su derrota, abandonó durante la noche su posición, y continuó su retirada por el camino de Texcoco, al amanecer del día 10.

En estos momentos llegaban al teatro del combate las caballerías de Guadarrama, y la persecución se emprendió desde luego, obstinada y decidida, teniendo los imperialistas, para acelerar la fuga, que volar sus carros y repuestos de municiones, y que arrojar á las barrancas su artillería, que no pudieron pasar por el puente de S. Cristóbal, destruído con anticipación, dejando abandonados á sus muertos y sus heridos, que en regular número marcaban la sangrienta ruta de los fugitivos.

La persecución continuó más terrible, y aunque los imperialistas se defendían valientemente, con especialidad los cuerpos extranjeros de Cazadores y Húngaros, tuvieron al fin que ceder, y ya al llegar á Texcoco, eran pelotones y masas sin orden ni concierto, que buscaban únicamente la salvación.

Al penetrar los republicanos en dicha ciudad, cayó muerto el Coronel Mucio Maldonado, intrépido guerrillero que desde hacía tiempo combatía por la Independencia; la lucha, ó más bien, la persecución había sido encarnizada y tenaz; se había peleado todo el día, en una extensión de muchas leguas; el ejército estaba rendido, y al fin, el General en jefe, en la plaza de Texcoco, rodeado de su Estado Ma-

yor, mandó reunir las tropas, y sólo Leyva continuó persiguiendo á los dispersos hasta el Peñón Viejo.

Márquez se había puesto en salvo, huyendo velozmente hacia la Capital, adonde llegó la noche del 10: los restos de su columna destrozada lo verificaron al día siguiente, pregonando con su triste aspecto la derrota de San Lorenzo.

El sitio de la Capital comenzó el 12; y el Lugarteniente del Imperio, para paliar aquel desastre, dice que tomó la ravanca en México, defendiendo aquella plaza 70 días, sin que el enemigo pudiera tomársela; alarde de pueril vanidad, pues sabido es que un principio humanitario del Jefe del ejército de Oriente, impidió el derramamiento de sangre en un asalto inútil, puesto que el asedio debía dar, como dió, la rendición incondicional de la Capital, según lo veremos después.

